

TODO MAL

Rubén Lo Vuolo¹

Estaba escrito: cuidado con abrazar nuevamente fórmulas mágicas de *shock*. En el caos heredado de Domingo Cavallo y sus antecesores, cualquier programa de emergencia que con mínimas chances necesitaba cambiar el ambiente monetario y cambiario. Pero cada opción no sólo requería ciertas condiciones técnicas, sino también políticas, porque grupos de poder muy concretos se potenciaban con cada una de ellas. Lamentablemente, el gobierno elegido por la asamblea legislativa complicó mucho más una situación que ya era muy complicada.

El tipo de cambio era uno de los problemas del régimen de convertibilidad, pero no era lo que había que modificar de inicio y mucho menos lanzarse a la libre flotación. Los países con estructuras comerciales con fuerte preeminencia de exportaciones primarias (Australia, Nueva Zelanda y Canadá), adoptan un régimen de flotación como el más apropiado, porque esto les permite aliviar los efectos de los cambios de precio internacional de sus exportaciones. Todo hace suponer que este es el camino más sensato para la Argentina. La discusión era como ir hacia allí sin que se perjudique aún más a los sectores vulnerables, saliendo al mismo tiempo de la depresión económica.

La opción adoptada fue la peor en un caso y en el otro. La salida del tipo de cambio fijo era el final de mutaciones fundamentales en el régimen de organización social construido al amparo de una inédita década en la cual Argentina pasó de la hiperinflación a la hiperrecesión. El círculo virtuoso que correspondía lanzar era el siguiente: mayor liquidez, reversión de la recesión, mayor recaudación, mejor situación fiscal, pesificación y salida del tipo de cambio fijo. El gobierno empezó por atrás, creó un caos en el mercado de cambios, y complicó mucho más al sector financiero, a la situación fiscal y a la recesión económica.

La salida convenía administrarla dando mayor liquidez mediante monedas no convertibles y facilitando el movimiento de pagos por transacciones económicas al interior del “corralito”. También, había que devolver una mínima confianza en los bancos, que a la falta de devolución de depósitos sumaban la imagen de “ladrones” e intermediarios de la especulación. La

¹ Economista, investigador del Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (Ciepp) y docente universitario.

constitución de un fondo fiduciario con los créditos de los grandes deudores con capacidad de pago en dólares y la discriminación que obligara a los bancos sólidos a afrontar sus obligaciones, era el primer paso para salir del “corralito” en el que nos metieron para salvar a algunos banqueros amigos, y una condición para tener que hubiera mínima confianza en instrumentos financieros alternativos al dólar como refugio de valor.

También, había que aceptar instrumentos que separaran el tipo de cambio de la economía real del que seguramente iba a especular en los mercados financieros. Ir a la flotación del tipo de cambio sin nuevos dólares frescos guardados como reserva y sin una economía saliendo de la recesión, fue una irresponsabilidad. Si es cierto que el FMI pidió esto como “condición” para un apoyo financiero, y encima ni siquiera dio ese apoyo, su corresponsabilidad en este desmadre es mayúscula. Antes de ir a la flotación, había que tener un programa consistente de crecimiento económico, distribución de ingresos y riqueza, y redes de sostenimiento social. La credibilidad monetaria debería haber retornado (lentamente) del estricto cumplimiento de objetivos inflacionarios coherentes con una recuperación sostenible de la actividad económica. El cumplimiento de las pautas inflacionarias en el contexto de expansión de la demanda agregada era el principal objetivo a cumplir.

El gobierno hizo todo mal. Arrancó con una devaluación y puso el carro delante del caballo. Tal como se hicieron las cosas, es muy difícil no pensar que la devaluación y la pesificación de inicio tuvieron como objetivo excluyente la licuación de pasivos de los más poderosos deudores y la pulverización del salario real.

El tipo de cambio no sólo depende de las cantidades que se operan en el mercado. También de su tamaño, de las funciones “monetarias” que se le otorga a la divisa extranjera y de las “expectativas”. Había que garantizar la mayor oferta en el mercado, limitar al máximo las funciones monetarias del dólar y así planchar las expectativas. En cambio, se apostó otra vez a que iban a llegar apoyos financieros desde donde nos humillan y así alientan el juego de los especuladores. Peor, se liberó el mercado de cambios con una irresponsable laxitud en la aplicación de retenciones, en el control de la liquidación de divisas y en la creación de mecanismo de ajuste de los valores en pesos, que quitara funciones “indexatorias” al dólar.

En días se tiró por la borda lo poco que había logrado la convertibilidad en años con el sacrificio de todo el país: una suerte de cultura de la estabilidad de precios. Esto, inmersos en una depresión económica inédita que no ejerce presión de demanda sobre los precios.

La visión económica de este gobierno es parecida a su visión del problema social: primero le llenamos los bolsillos a los que más presionan y supuestamente nos “sostienen”... después vemos como “compensamos” al resto. Así, licuamos pasivos a los grandes grupos y después vemos si le cobramos un impuesto; devaluamos y después vemos si aplicamos alguna retención. Multiplicamos los pobres, y después vemos como hacemos programas sociales que no alcanzan para nada. Ninguna diferencia con lo que se viene haciendo en el país desde que el Presidente era Vice-Presidente.

¿Y ahora? ¿Cómo enfrentar un temporal después que nos lanzaron al océano con un bote de remos? Ahora, todo es más difícil, mucho más difícil y perentorio.

Hay que tomar efectivamente (y no sólo anunciarse) varias medidas conjuntas ya: 1) estricto control de cambios que restrinja el acceso al mercado de divisas, que obligue a la liquidación de las exportaciones en plazos perentorios y a través de la banca oficial, y que canalice las divisas estrictamente a las importaciones más esenciales; 2) aplicar retenciones móviles a las exportaciones de forma tal que se garantice un tipo de cambio efectivo estable para el comercio exterior, pese a los movimientos de la cotización en el mercado financiero; 3) reintegros muy selectivos a las exportaciones con probado impacto positivo sobre el empleo y la reactivación de otros sectores de la economía; 4) subsidios especiales a las importaciones esenciales; 5) masivo plan de distribución de ingresos hacia los sectores de más baja demanda, junto con medidas complementarias de control de precios sobre los bienes y servicios de la canasta familiar; 6) mecanismos financieros que absorban liquidez alternativa al dólar; 7) flexibilización gradual del “corralito” con instrumentos que aceleren el uso de fondos para transacciones comerciales; 8) inmediatos impuestos extraordinarios que capten ingresos en los beneficiarios de la licuación de pasivos y la devaluación. Todo esto, en el medio de una discusión inmediata de los temas imprescindibles que hay que abordar ya: reforma tributaria, reforma financiera y reforma previsional.

No hay más posibilidad de seguir esperando ni “negociando”. De lo contrario, seguirá avanzando el caos en beneficio de los poderosos responsables de este desfalco, que siempre se reconvierten para ofrecer salidas que pueden sonar bien al oído de una población perpleja, pero que esconden nuevas estafas.